

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

HISTORIA.

200. COMPENDIO ELEMENTAL DE HISTORIA UNIVERSAL por D. Alfredo Adolfo Camus, profesor de la universidad y Ateneo de Madrid: dos tomos en 8.º

Aunque esta obra se anuncia como original, no hay sino hojearla para convencerse de que es traducida (y por cierto pésimamente) del idioma francés. Los comprobantes de nuestro aserto se hallan á cada página, en cada cláusula, en cada renglon: así es que podríamos atestar de citas este artículo; pero como no sea tal nuestro objeto, apuntaremos solo unos cuantos galicismos y disparates porque no se crea que hablamos al aire: *déjalo* (por laberinto), *palpitante*, *procesos verbales*, *monogramos* (y se tiene por grecista el que así traduce!), *Filopameno*, *tratado de negros* (por tráfico), *canonato*, *Berosio*, *jardines colgantes* (¿es posible que no haya oído hablar jamas de los pensiles de Babilonia?), *Dejocés*, *Ecatane*, *desplomarse* un ejército sobre un país, *Leuctres*, *brutienses*, *lucanienses*, *Eleusio*, *daces*, *garrotar*, *Gordieno*, *arrojar los cimientos*, *Brunilda*, *Leon el Isauriense*, *Procopo*, *gran forestier* de Flandes (era el gobernador antes que hubiese condes), *Enrique el pajaritero*, *Siena*, *atacar las empresas de los papas* (por combatir las usurpaciones), *frailes jacobinos* en vez de dominicos etc. Seríamos interminables.

Mas esto no pasa de *peccata minuta*, si puede haberlos en un libro de tal naturaleza, destinado como parece que le destinaba el traductor para la enseñanza de los jóvenes. El que da tales traspies en la simple traducción, mal podia tener el discernimiento necesario para escoger entre tantos tratados históricos como se han escrito en Francia, uno que por su exactitud, sana doctrina, buen plan, claridad, precision y orden metódico mereciera trasladarse á nuestra lengua y ponerse en ma-

nos de los escolares: así es que el *Compendio elemental* en su lengua original debe valer poquisimo: traducido es un libro detestable. El autor, sea quien quiera, ha confundido dos cosas muy distintas que deben estudiarse aparte, como que corresponden á diferentes ramos de la literatura; es á saber, el modo de escribir la historia y la historia misma, esto es, la narracion de los sucesos importantes de un reino, de una region considerable ó del mundo entero. Lo primero pertenece á la clase de literatura, y en los libros de texto para esta asignatura viene bien explicar cuanto concierne á tales composiciones: á la clase de historia solo corresponde lo que hasta estos tiempos de tanta ilustracion se habia entendido propiamente bajo de tal nombre. Baste lo dicho en cuanto al mérito literario de la obra, y notemos ahora los yerros que mas nos importa señalar, es decir, los que tienen relacion con la moral y la religion.

En la p. 25 y 26 del tomo 1.º pasando muestra de diferentes historiadores (todos franceses) llega á Bossuet, y si bien le alaba por el *Discurso sobre la historia universal*, manifiesta paladinamente que este admirable libro no le satisface del todo. Y ¿por qué? *Porque al considerar* (son palabras del autor) *que la historia es de todos los paises y de todas las religiones habremos de confesar que el discurso de Bossuet no es QUIZÁ mas que la obra maestra de las historias religiosas*. Si Bossuet hubiese sido incrédulo ó siquiera protestante, ya mereceria su obra otro juicio mas favorable del autor.

En la p. 40 se lee el siguiente trozo, en el cual se contienen proposiciones falsas, erroneas y depresivas del cristianismo:

«La base de la moral descansa pues en las verdades religiosas, en esas verdades reconocidas de todos los pueblos, comunes á todas las

religiones é independientes de los dogmas particulares á cada una de ellas. Vemos entre los paganos la creencia y las mas absurdas opiniones ni producir la intolerancia, ni abortar el fanatismo: aunque colocasen en el Olimpo á seres cuyas acciones por la mayor parte eran á cual mas escandalosas, la creencia no corrompia la moral pública. Verdad es que aun en medio de las magias, de los sacrificios humanos, de los misterios de Isis y de Ceres, de las mas ridiculas y vergonzosas ceremonias siempre llega á entreverse algunos destellos de las verdades fundamentales de nuestra religion, y estas verdades influyeron en la conducta de los profanos (1) como influyen hoy dia en la de los cristianos. Porque si adoramos en Dios solo el poder infinito, inmutable, por el cual todo vive, piensa y siente; tambien lo adoraban los antiguos; pero parcialmente, pues dividiendo este eterno poder hacia de cada poder una divinidad particular. Un fondo comun, porque comun es su origen, hallamos en los detalles aun los mas corrompidos y aun en las mas absurdas opiniones. Asi es que en Dacio, en Régulo, en S. Luis, en Bayardo el respeto por la religion produce los mismos efectos, el mismo desprecio de la muerte etc.»

Y mas abajo en la p. 41 continua asi:

«En todos los pueblos la influencia de la religion sobre la parte natural de los hombres ha obligado á los ministros del culto á ensayar su influencia sobre la parte moral de los gobiernos: hartas veces han involucrado los intereses del cielo con los suyos propios y hecho á Dios cómplice de sus querellas, de sus pasiones y mas de una vez de sus crímenes. El historiador se afana por lo mismo en proclamar la verdad, en saber si la religion puede estar ligada al gobierno ó si el gobierno no ha de mezclarse con la religion mas que para impedir que lleguen á dividirse las opiniones religiosas y se dividan por consiguiente los hombres. Buscará el medio de auxiliar el respeto de la religion dominante con la tolerancia de los demas cultos. Describirá las calamidades de la supersticion, del fanatismo, de la intolerancia, obras de la impostura y de la hipocresía y no de la ilustrada y sincera piedad.»

Sabido es lo que significan estas proposiciones generales y absolutas en la pluma de ciertos escritores.

Como el objeto de la escuela filosófica es atenuar primero los efectos de la revelacion para destruirla despues en un todo, se afanan por equiparar los pueblos antiguos privados de esa luz sobrenatural á los que han tenido la dicha de recibirla. Con este intento sin duda prorrumpa entusiasmado nuestro autor hablando de los egipcios:

(1) Querrá decir de los paganos.

«Es de admirar que un pueblo sin otras luces que las de la razon haya conocido y sentido los dogmas cuyos mandamientos han sido objeto de la religion revelada.»

El que no sepa la historia de Egipto, formará por estas palabras un concepto muy equivocado de los naturales de aquella region, los cuales si bien es cierto que se aventajaban á otros pueblos en civilizacion y ciertos usos y costumbres laudables, eran afeminados, cobardes, supersticiosos y esclavos de sus preocupaciones y permitian la poligamia y el matrimonio entre hermanos. ¿Dirá el autor que la religion revelada vino á enseñar ó permitir esos dogmas?

Siguiendo su sistema de escatimar cuanto puede los beneficios de la religion verdadera y de encarecer y abultar los defectos y abusos que el hombre suele introducir aun en las cosas mas santas examina con notoria parcialidad (p. 141 y siguientes) la cuestion de si el cristianismo ha influido en favor ó en contra de las buenas costumbres y de la cultura de las sociedades. Aunque se inclina á la afirmativa, porque de lo contrario se hubiera granjeado el desprecio de todos los hombres sensatos é instruidos sin distincion de sectas ni partidos, dice que *tal vez la influencia del cristianismo no ha sido tanta como generalmente se cree*: concede que ha producido algun bien; y añade:

«Pero no sabemos por qué fatalidad el fanatismo religioso vino á disminuir tan gran bien. El cristianismo en los tiempos de ignorancia fue para los hombres que creyeron que defendian la causa divina, el pretexto y el motivo de atrocidades tan grandes como las que habia hecho desaparecer. Esto consiste en que sin ilustracion la religion se convierte en intolerante no por defecto suyo, sino á consecuencia de las pasiones humanas: asi fue que todo conquistador cristiano quiso imponer por la fuerza su creencia á los pueblos conquistados; son un testimonio de ello entre los sajones Carlo Magno y los españoles en las dos Américas, y no lo hubieran hecho ciertamente si sus luces hubieran dirigido mejor el espíritu de la fé que imponian á los vencidos.»

Bajo el título de *autoridad de los papas* trata el autor en las p. 162 y siguientes de la potestad que ejercieron aquellos en lo temporal durante la época que se llama la edad media: este párrafo no es mas que una sarta de lugares comunes y vaciedades, en que se prueba la ignorancia del historiador en la historia y su falta de filosofia (jactandose de filósofo) para investigar y desentrañar el es-

píritu é instituciones de la Europa en aquella era, las cuestiones que se ventilaban, la potestad de los reyes, el estado de los pueblos, la parte que tomaron los papas, instados de estos las mas veces, en la terminacion de las contiendas civiles y las guerras exteriores, y los beneficios que produjo esa influencia para ir preparando la situacion que se llama *civilizacion moderna*. Cuando no se han estudiado bien, ni se entienden los datos de una cuestion, por necesidad han de decirse mil desatinos al tratar de resolverla: lo menos malo que puede suceder es que se hacinen cláusulas y palabras que nada significan.

El párrafo *Del protestantismo* es otra muestra de la escasa instruccion del pseudo-historiador y de su espíritu hostil contra la religion católica. Ni las causas que atribuye al origen del luteranismo, son esas, ni mucho menos los efectos que en su dictamen ha producido. Si pudiera sondearse hoy la conciencia de los políticos profundos del protestantismo y de los sectarios que no se hayan desnudado enteramente de todo sentimiento religioso; hallariamos que opinaban de muy opuesta manera que nuestro autor. Para los protestantes que tienen apego á la religion y anhelan por la estabilidad de los gobiernos, es hoy una verdad demostrada que las sectas matrices con sus infinitos y mon-truosos abortos fueron unas verdaderas plagas de la sociedad religiosa y política, que dividieron hondamente á los hombres, soltaron el freno á las pasiones mas impetuosas, destruyeron el vínculo poderoso de la autoridad en lo divino y humano y convirtieron la Europa primeramente y despues el mundo entero en un campo perpetuo de discordias y contiendas, unas veces sangrientas y siempre desastrosas y terribles. Esos son los beneficios de la decantada reforma de un fraile y un clérigo *apóstata*; y es necesario llevar muy siniestra intencion (porque á tanto no alcanza la ignorancia) para venirnos ponderando las ventajas y bienes del protestantismo, cuando no hay mas que tender la vista por Europa ó sin tanto trabajo registrar los papeles periódicos para ver á qué estado de imminente ruina nos ha traído el sistema de libre y omnimoda discusion, de libertad absoluta y de independencia individual.

En el tomo 2.^o, p. 11 y 12 al hablar de los tiempos fabulosos, aunque el autor admite la cronología sagrada porque no se diga, da mucha importancia á los absurdos y errados cálculos de algunos pueblos (como los egipcios y chinos) que pretenden subir á una antigüe-

dad remotísima y ser muy anteriores al principio del mundo. Las ciencias profanas han demostrado ya la exactitud de la sagrada cronología y de consiguiente la falsedad de todas esas tradiciones que tanto respeta nuestro atrasado ó mal intencionado historiador; sin embargo sus dudas y palabras preñadas no pueden menos de producir fatal efecto en el ánimo de los lectores poco precavidos ó faltos de conocimientos en la materia.

Para que se vea con cuánta ligereza escribe el autor, citaremos lo que dice en la p. 26:

«Bajo el reinado de Herodes el Idumeo nació Jesucristo, á quien esperan todavía los judios.»

Un hombre que se pone á escribir la historia y no sabe que los judios no esperan á Jesucristo, sino al Mesias prometido en su ley, pues creen que aquel no lo fue, merecia que se le enviase á la escuela.

Fiel el autor á las tradiciones del filosofismo se admira y extasia siempre que habla de cosas ó personas que no pertenecen á la religion cristiana. Asi en la p. 135 prorrumpe entusiasmado en estas expresiones respecto de Mahoma, el feroz y vicioso fundador del islamismo:

«Tal fue el fin de este *hombre admirable*, que destituido de toda instruccion *supo establecer una religion sobre bases tan sólidas*, que 1200 años despues de él domina todavía en una parte inmensa del globo sin haber perdido nada de su antiguo brillo.»

¡En cuántos y cuán graves errores pueden caer los que estudien la historia por este libro, al leer esas palabras en parte falsas y todas escritas con artificiosos y dañado intento!

Veamos ahora el reverso de la medalla. En la p. 175 como no se habla de Mahoma, sino de un monje, se explica asi:

«En Inglaterra los benedictinos que eran muy ricos y muy instruidos, tuvieron toda la autoridad. El uno de los mas célebres de estos monjes fue S. Dunstan, que persiguió á tres reyes, cometió indignas violencias contra la reina Elgiva, que queria fuese repudiada por el rey Edwy.»

Primeramente es de notar la falsedad de este relato, pues lo que dice la historia es que como Edwy, sucesor de Edredo, mantuviese una concubina y viviera con ella, el arzobispo Odon para disuadirle diputó á S. Dunstan y un obispo pariente suyo. Estos comisionados lograron con sus exhortaciones que el rey se separase de su manceba, la cual picada en lo vivo no dejó pa-

rar al monarca hasta que fue desterrado S. Dunstan. El santo monje se retiró al monasterio de S. Pedro de Gante en Flandes, y durante su ausencia el susodicho arzobispo hizo sacar de la corte á aquella mujer escandalosa y llevarla á Irlanda despues de marcada con un hierro ardiendo. S. Dunstan no volvió hasta que muerto Eduy le levantó el destierro Edgar, hermano y sucesor de este. ¿Se puede dar mayor descaro para adular la historia? Notese en segundo lugar el reprobado fin con que se hace: se habla de un monje venerado por la iglesia católica en los altares, y se le imputan violencias indignas con una reina y la persecucion de tres reyes, motivada la del uno de que no queria repudiar á su mujer. Compare el lector el verdadero relato histórico como nosotros le presentamos, y la mentirosa narracion del autor, y penetrará la profunda malicia con que este ha falsificado la historia.

En la página 280 (que corresponde en realidad á 180) dice:

«Para atraerse al clero (el rey de Francia Hugo Capeto) renunció á las numerosas abadías que había heredado de su padre: obligó á los otros legos poseedores de los bienes del clero que se los devolviesen: tambien devolvió á los cabildos el derecho de eleccion de los obispos y abades que se habian reservado los reyes. Así fue que este rey, que por su firmeza hubiera debido y podido contener las invasiones monásticas, fue uno de los que mas consumaron sus usurpaciones.»

Con que es decir que segun nuestro justificado historiador el que restituye en justicia al legítimo dueño lo que malamente se le habia tomado y se le retenia, ese consolida las usurpaciones. ¡Estupenda lógica! ¡Admirable jurisprudencia! Tales leyes y principios no los desecharian de su código los piratas y saltadores, si alguna vez les pasara por las mientes formarle.

En la p. 283 (correspondiente á la 183) dice que *podian los emperadores nombrar los beneficiados eclesiásticos y percibir las rentas de estos beneficios cuando vacaban, CONFIRMAR ó DEPONER Á LOS PAPAS* etc. Deducir de un hecho ó de muchos el derecho y darlo como cosa sentada y constante á los que son peregrinos en la historia, en el derecho canónico y en la disciplina eclesiástica, es maña muy añeja de los enemigos de la iglesia católica y harto desacreditada ya para que nos detengamos á combatirla. Baste apuntar este error mas.

S. Gregorio VII, el gran pontífice juzgado hoy sin prevencion y hasta venerado por los protestantes sensatos é instruidos, merece esta calificacion de nuestro historiador (p. 197):

«Tal fue el fin obscuro *de aquel hombre audaz y fanático* que habia trastornado á la Europa y establecido en bases sólidas el poder de los obispos de Roma.»

No nos detendremos á hablar (porque nos urge ya concluir este artículo) del modo cómo trata las disensiones entre los papas y los emperadores de Alemania, de la calificacion que da al santo rey de Francia Luis IX y de la estudiada omision de circunstancias importantes al referir el sacrílego atentado de Felipe el Hermoso contra Bonifacio VIII; pero no podemos dejar correr la calumnia que estampa en la p. 317 (217):

«El emperador Enrique VII (dice) hizo la guerra en Italia y pereció envenenado con una hostia preparada, que le dió en la comunion un fraile dominico.»

Es verdad que algunos autores lo han escrito así; pero esa calumnia está bastantemente refutada con la declaracion de los médicos y la real cédula en favor de los dominicos, que á los treinta y tres años de la muerte de Enrique expidió su hijo Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, con el fin de desmentir las voces esparcidas.

En la p. 235 se leen unas cuantas palabrotas contra la inquisicion, que no hay necesidad de citar ni refutar, porque son los cargos de siempre; que los filosofastros no son gente que discurra é investigue el fondo de las cosas, ni tampoco abandone una objecion, aunque se haya rebatido y reducido á polvo cien veces.

El monstruo de avaricia y liviandad, el execrable Enrique VIII de Inglaterra le parece á nuestro *imparcial y compasivo* autor que *tal vez ha sido juzgado con harta severidad por los escritores eclesiásticos*. Tenemos que agradecer al verídico historiador que no haya dicho que los cismáticos somos los católicos, y Enrique y sus secuaces los hijos fieles de la iglesia.

En las p. 249 y 250 se dicen al gran rey Felipe II unos cuantos piropos, v. g. *rey tiránico y fanático, padre desnaturalizado, asesino de su hijo D. Carlos y de la reina doña Isabel*.

La matanza del dia de S. Bartolomé en Francia se achaca enteramente á los católicos pintando á los hugonotes como víctimas inocentes del engaño y ferocidad de los primeros.

Como es consiguiente tambien imputa á los católicos de Inglaterra la famosa conspiracion de la pólvora.

Basta ya de anotar errores: con lo dicho creemos que sobra para persuadir á nuestros lectores cuán peligroso seria enseñar la historia por este libro, si es que pueden beberse los buenos conocimientos históricos en tan corrompidas fuentes. En el *Compendio elemental de historia universal* por D. A. A. Camus se hallan multitud de graves inexactitudes, juicios falsos acerca de no pocos hechos impor-

tantes (ya procedan de ignorancia, ya de malicia) y lo que es peor una porcion de opiniones erroneas ó de sucesos siniestramente interpretados en perjuicio de la sana doctrina católica y con tendencia ó sabor á novedades peligrosas y reprobadas: por manera que los que quieren aprender la historia por esta obra, se quedarán sin saber la verdadera historia; pero en cambio se imbuirán de falsa y venenosa doctrina: tambien se empaparán en esa jerigonza gabacho-hispana que pasa por castellano entre la turba de escritores del dia.

ECONOMIA POLÍTICA.

201. VICIOS DE TODA LA ADMINISTRACION PUBLICA influyentes en el mal estar de los españoles y de la carestia actual: por D. Juan Eloy de Bona y Ureta.

En nuestro número de septiembre del año próximo pasado examinamos este escrito y dijimos lo que de buena fé y en conciencia nos pareció acerca de él. Ya no nos acordabamos de tal artículo al cabo de cuatro meses, cuando hete aquí que su autor resuella en el *Eco del comercio* de 11 del mes actual espetandonos una respuesta nada menos que de tres descomunales columnas de aquel papel. Como el objeto de *La Censura* no es entrar en polémica con los autores de los libros que critica, guardariamos absoluto silencio acerca de la contestacion del señor Bona, si no se hubiera atrevido á suponernos capaces de atribuirle lo que no ha dicho en su opúsculo. Nuestro honor y el interés de la verdad nos obligan á replicar en esta parte solamente y á probar con el texto mismo del señor Bona que nuestros asertos fueron exactos y que las consecuencias que sacamos de sus proposiciones, estan implícita ó explícitamente contenidas en ellas. Lo probaremos.

Dice el señor Bona en el *Eco del comercio*:

«Solo si quiero hacer notar á VV. las inexactitudes de hecho en que han incurrido. Yo no he dicho que habia escasez de metálico.»

Y en la p. 122 de su opúsculo bajo el número 43 y epigrafe *La emigracion ú ocultacion de los capitales* se lee:

«Por efecto de las causas anteriores (habla de los apuros del banco de S. Fernando y del descrédito de sus billetes) emigran los capitales ó se ocultan huyendo de tanta arbitrariedad. Su consecuencia natural es la disminucion de la riqueza en general, la falta de produccion y subsiguientemente el mal estar, la escasez y la carestia.»

Si cuando los capitales *emigran* (como dice el autor) ó se ocultan, no hay escasez de metálico; confesamos que no sabemos ni lo que es metálico, ni lo que es abundancia y escasez.

Continúa el señor Bona en el *Eco*:

«No he defendido la omnimoda libertad para casarse y descasarse.»

En efecto no lo ha dicho así terminantemente; pero en la p. 96 de su opúsculo se lee con el título de *Las vejaciones de la curia eclesiástica*:

«Ningun buen economista reconoce conveniente que se halague con premios ni privilegios el incentivo del matrimonio, ni el de la procreacion, ni el estado de los célibes; pero tampoco quieren que se perturben y frustren *estos instintos, para los cuales no hay mejor regulador que la libertad*. Por contradiccion de este antecedente se observan en la curia eclesiástica tales vejámenes, tales dilaciones, tales socialías y tal aburrimiento, que ya ha llegado á ser proverbial en la gente apocada de ambos sexos que vale mas vivir como amigos que sujetarse á aquella penosa ritualidad y á sus enormes gastos. La legislacion prohibitiva y la protectora en materia de intereses particulares trae siempre mas daños que beneficios y es causa de tanta inmoralidad como la que á su sombra se alimenta etc.»

En vista de estas palabras no se atreverá á negar el autor que es partidario de la libertad para casarse: verdad es que no habla de la de descasarse; pero si nosotros la añadimos fue por ser en cierto modo consiguiente á aquella y porque haciendo justicia al señor Bona no pudimos creer que quien aboga por todo género de libertades fuese á exceptuar el divorcio, único correctivo que en sentir de *ciertos filósofos* puede hacer tolerable el matrimonio. Si nuestro autor no piensa en eso de la misma manera, antes está por la indisolu-

bilidad de este vínculo segun la doctrina de nuestra santa madre iglesia; nos alegraremos mucho y sin rubor confesaremos la equivocacion.

Prosigue el señor Bona en el *Eco*:

«No he omitido señalar como malas las guerras ni las revueltas.»

Deciamos nosotros en *La Censura* número 39:

«Si dijera que las guerras y revueltas, á cuya sombra han medrado unos cuantos y empobrecidose y aniquiladose la multitud de los españoles, que los infinitos dispendios y despilfarros siempre crecientes, la enormidad de los tributos, las gabelas, restricciones y trabas que sufre el comercio etc., nos habian traído al misero estado presente haciendonos presagiar no muy lejano otro mas desastroso aun, como no lo remedie la mano del Omnipotente; ya lo entendiamos.»

Aludiendo sin duda á estas palabras nuestras dice el autor que *no ha omitido* señalar como malas las guerras ni las revueltas; pero en su opúsculo únicamente habla de la expedicion á Portugal y de la guerra actual de Cataluña. ¿Qué tiene que ver eso con la omision que nosotros notabamos?

Dice el señor Bona en el *Eco*:

«No he achacado todas las calamidades á la poca latitud de la libertad política.»

Y en la p. 56, 57, 58 y 59 de su escrito censurando el mal sistema político que actualmente rige y examinando los seis vicios cardinales de que á su juicio adolece, se expresa asi:

«Con tan malas bases fundado el sistema político no hay que esperar sino *descontento, revoluciones, guerras y por consiguiente escasez, carestía y hambre*. Era infinitamente mejor, aunque no perfecto, el del año 1812. Quitando á este las restricciones en materias religiosas y los privilegios que reservaba á los grandes y á los eclesiásticos, no le faltaba para ser del todo conveniente sino el jurado y una ley de aplicacion práctica á cada uno de los principios consignados.»

Y mas abajo á la conclusion del artículo dice:

«Mientras España sea regida por un mal sistema político como el que hoy tenemos, la carestía, la escasez y el hambre serán una consecuencia natural en todos los años en que el cielo ó el suelo se manifiesten poco propicios á la produccion.»

En el *Eco* afirma el señor Bona:

«No he estado jamas por la desamortizacion ejecutada á la manera de los Godois y Soleres.»

Pues veamos cómo se explica en la p. 28 de su obrita hablando de la deuda pública y de los bienes llamados nacionales:

«*La regalia de amortizacion* no tiene otra latitud que la de obligar á los tenedores de bienes á su libre circulacion por ser de interés de la sociedad que estos no permanezcan estancados en poder de manos muertas sin dar el producto que los asociados tienen derecho á esperar de dichos bienes; pero pasar de esta facultad á una libre disposicion y apropiamiento solo ha podido ejecutarlo el error en materias de derecho político ó el abuso discrecional de las facultades legislativas. *Con haber obligado á las manos muertas á que hubiesen enajenado sus bienes en un término dado, ya imponiendo su producto en acciones de los bancos de circulacion y descuento, ya en los de empresas de construccion de caminos y canales tan indispensables á la felicidad pública, ó ya de otra manera análoga, se habria llenado el objeto de la desamortizacion*: el pais tendria el inmenso beneficio que hacen reportar á la riqueza los caminos, los bancos y demas empresas beneficiosas, y las atenciones de aquellas clases podrian ser socorridas con los rendimientos mismos de las obras ó establecimientos fundados con sus capitales.»

Vease si dijimos con razon en nuestro número de septiembre que el autor está por la desamortizacion ejecutada á la manera de los Godois y Soleres, salvo el no impetrar bulas ni autorizacion de la suprema potestad eclesiástica.

Sigue hablando el señor Bona en su artículo comunicado:

«No he sentido que la libertad de imprenta *por sí sola* produzca la abundancia y la baratura.»

Tampoco nosotros hemos dicho eso: nuestras palabras fueron estas:

«Tambien le parece que influyen en la miseria y carestía presentes las restricciones de la imprenta.»

Y en corroboracion de este aserto nuestro citaremos ahora unas cuantas palabras del señor Bona en la p. 44 de su opúsculo, en que hablando de los delitos que se pretende prevenir con las restricciones de la imprenta dice:

«Las vidas que ahora cuesta, los trastornos que causa, los perjuicios que irroga y los gastos que origina, afectan á la economía del pais tan enormemente, que al menor contratiempo natural de la produccion hace sentir la escasez y la carestía.»

Ademas de que este vicio señalado con el número 17 se comprende entre las que cali-

fica el autor de *únicas causas de la carestía actual*.

Dice el señor Bona en el *Eco*:

«No me he concretado á estas ni las otras fiestas.»

El autor en la p. 55 de su cuaderno habla de las *excesivas fiestas*, cuya expresion, asi como lo que dice á renglon seguido del despilfarro de las hermandades y cofradías en convites, procesiones y entierros, parece significar claramente las *fiestas de la religion*.

Continúa el señor Bona en su artículo:

«No he creido que comemos el pan caro por solo la razon de que faltan anglicanos, luteranos, calvinistas y otros mil sectarios en España.»

Aquellas palabras *por solo* son invencion del autor, porque nosotros no las hemos usado: en cuanto á lo sustancial de la cuestion la mejor respuesta es citar el parrafo 35 *La intolerancia religiosa*, que se lee en las p. 95 y 96 del opúsculo:

«Con ningun buen principio se ajusta la intolerancia religiosa. Mayor brillo tienen las cosas cuanto mayor es la libertad con que son amadas. El amor debilita las bondades de todo aquello que se nos impone por fuerza sin la concurrencia de nuestra voluntad. Tiene además el rigor el grande inconveniente del abuso, á la sombra del cual se castigan muchas veces no los actos criminosos de la religion por que se procura, sino las acciones más santas y más morales. Es la prohibicion un arma que se usa frecuentemente para hollar á mansalva todo aquello que es objeto de la prohibicion misma. Considerada la intolerancia económicamente aleja de nuestro suelo la riqueza, la poblacion, las artes, las ciencias y el comercio. Sus ventajas son nulas tanto en el orden natural como en el económico. Sus perjuicios inmensos en todos sentidos. No es comparable con los daños que causa, la utilidad que de ella se espera inutilmente. Los países más pacíficos y los de mejor moral son aquellos en que no impera la intolerancia. La teoria y la práctica están á

favor de la libertad. Si aquí se tienen en cuenta las luchas particulares de individuos de distintas creencias en naciones extranjeras, es porque se olvidan de las persecuciones, odios, rencores y guerras que en otros suelos y aun en el nuestro se padecen á la sombra del rigor prohibitivo. La falta de riqueza, la despoblacion, la emigracion de capitales y capitalistas, la escasez de productos, el mal estar y la carestía son una ilacion lógica de esa intolerancia.»

Creemos habernos purgado de la nota con que pretendia tildarnos el señor Bona, el cual parece no reconocer por suyo sino lo que ha dicho con palabras terminantes, no lo que implícitamente se contiene en sus proposiciones, ni las legítimas consecuencias que de ellas pueden sacarse.

En lo demás omitimos toda discusion, porque segun dice muy bien él mismo, entre nosotros es imposible, y la tenemos por más imposible todavía cuando le vemos aferrado en errores tan monstruosos como el que persiste en defender en el siguiente párrafo de su artículo comunicado:

«Yo no reconozco privilegios; pero mientras subsistan, siempre creeré necesarios conocimientos previos para que los privilegiados puedan desempeñar su cometido con menos perjuicio. La justicia y la igualdad aconsejan que todos puedan y deban rebatir los cargos de palabra que otros les hagan. Si los curas predicán contra los ricos, contra los pobres, contra los amos, contra los criados, contra los cosecheros, contra los comerciantes, contra los tahoneros etc. etc.; razon es que todas estas individualidades tengan el derecho de defenderse con las mismas armas, pues no es regular que por el error y la ignorancia de los primeros sean como lo han sido muchas veces los segundos arrastrados por las calles á manos del pueblo imbuido por malas máximas económicas.»

¡Y luego se amostazará el señor Bona por el cuento del sastre de Londres! ¡Ah! si le viene de perlas.

NOVELAS.

202. **TEVERINO**, por Jorge Sand: traduccion de J. M. Andueza. Un tomo en 8.º

Más de una vez hemos hablado en *La Censura* de la autora de esta novela, que bajo el falso nombre de Jorge Sand ha escrito no pocos libros, todos por el mismo plan y conforme á las mismas ideas. Esa mujer altiva, licenciada y descreída pertenece (no sabemos si por error de entendimiento ó por interés y conveniencia) á la escuela de los

llamados *socialistas*, cuyo disparatado sistema tiende á destruir lo poco que aun existe de la antigua sociedad para constituir otra enteramente nueva: la religion, las instituciones sociales y políticas, la familia, los individuos, todo ha de regirse por nuevas leyes y reglamentos, hechura de los consumados filósofos que en su alta sabiduría han llegado á comprender los vicios intrínsecos de esta sociedad caduca, y han descubierto los

medios de reformarla desde los cimientos, y ponerla en el camino de la *perfectibilidad indefinida*. Vamos á la novela que es objeto de este artículo.

Aunque se titula *Teverino*, nombre de un aventurero adornado de innumerables habilidades que figura en ella, el personaje principal es en realidad Sabina, esposa de un señor inglés, con quien vive por el qué dirán del mundo; pero sin profesarle cariño, ni estimación, ni aun guardarle las consideraciones de respeto y atención. Así es que se sale muy de madrugada con un antiguo amigo y pasa todo un día en excursiones campestres, en pláticas amorosas y aventuras ocasionadas lejos de su quinta sin haber tenido siquiera la cortesía de advertírselo á su esposo. Sabina es, digámoslo así, un retrato de la autora (la cual en casi todas sus novelas introduce una mujer que la represente al vivo); y su carácter puede definirse en pocas palabras: sin principios morales ni religiosos, libre y voluptuosa, activa en grado superlativo, vana y caprichosa, persuadida á que la mujer debe ser adorada por el hombre con un culto como el que se rinde á la divinidad, y que los lazos del matrimonio son tiránicos y pueden romperse cómo y cuándo se quiera, porque es una institución opresiva é injusta. La presumida escritora sin mas ciencia que esa charla pedantesca tan comun en las damas francesas pretendió hacer á Sabina una mujer entendida y de talento; pero solo la ha hecho una habladora vana é impertinente que dice tantas vaciedades como palabras con el tono fastidioso é inaguantable de los necios. Leoncio es un artista de la época, y con esto está dicho todo: empalagoso con su escasa y superficial erudición, panteísta, queriendo deificar un amor ilícito hasta por las leyes humanas que castigan el comercio adulterino, bajo adulador y despreciable esclavo de la veleidosa y fatua Sabina. También figura en esta novela un cura de aldea á guisa de payaso, para que se diviertan los dos amantes Leoncio y Sabina y tengan ocasión de soltar algunas prendas de su *ilustrada incredulidad*: por de contado al pobre eclesiástico se le pinta gloton, intolerante y supersticioso. Magdalena la montañesa es una joven vagamunda, que manifiesta grandes disposiciones para ser filósofa algun día: así la aplauden, alientan y protegen Sabina, Leoncio y Teverino, que es su amante oculto, y reprueban que el cura quiera atar corto y

dar lecciones de modestia y recogimiento á la moza aventurera.

Nuestros lectores conocerán que con estos caracteres manejados por la pluma de J. Sand no puede salir cosa buena: los manoseados amorfos pintados con los colores mas halagüeños y como lícitos y loables, aunque se rompan lazos y obligaciones muy sagradas, la cacareada igualdad de todas las criaturas humanas, la libertad de la mujer como la entienden los filosefastros del día, la destrucción del culto divino y de la misma divinidad y la sustitucion del panteísmo, en fin la confusion, el trastorno y por último la ruina de todas las creencias y de todas las instituciones divinas y humanas es el blanco á que en este como en sus demas libros endereza la desventurada autora todos sus esfuerzos; esfuerzos impotentes y por lo mismo nada temibles, si no fuese por la flaqueza é ignorancia de las personas para quienes de propósito escribe: mujeres ó sencillas é incautas, ó corrompidas y estragadas, jóvenes impacientes de romper todo freno y correr los prados de la liviandad, hombres pervertidos en la escuela de una filosofía ímpia y libertina, que gustan de esas máximas porque son las suyas y porque pueden hacer mas prosélitos de su causa.

Excusado es en vista de las anteriores indicaciones manifestar que no debe leerse esta novela.

203. MI VECINO RAIMUNDO por C. Pablo de Kock: traduccion del francés de Don Pablo de Jérica: cuatro tomos en 12.º

El asunto de esta novela le descubre el traductor por las siguientes palabras del diálogo que sirve de prólogo (p. XI):

«Es una novela muy divertida y al mismo tiempo instructiva. Hace en ella el autor C. Pablo de Kock una exactísima pintura de las costumbres de los ociosos de Paris y sus galanteos no solamente con las modistas, ramilleteiras, floristas y las demas comprendidas bajo el nombre genérico de grisetas, sino tambien con las presumidas y antojadizas de otras clases, llamadas en francés *petites-maitresses*.»

Conocido el asunto de esta novela y el nombre de su autor, que se ha propuesto seguir la escuela licenciosa del inmoral Pigault-Lebrun, no necesitamos añadir mas; porque bastan aquellas dos circunstancias para que el lector conozca estar comprendida en la regla VII del Indice del santo oficio.